

I. Habitualmente nos dirigimos a un Dios que sería exterior a nosotros, que estaría delante. Esta relación, sin embargo, es insuficiente para comprender la presencia de Dios en la vida de los hombres y del mundo, ya que nos sitúa ante un Dios distante que actuaría puntualmente en la historia con una benevolencia en cierto sentido aleatoria, que habría que conseguir pues podría ser negada. Por el contrario, el Dios cristiano se ha manifestado como aquel que está presente en la realidad y la trabaja *desde siempre, de continuo y desde dentro*. Pues bien, esta presencia interior de Dios a la creación se desarrolla a través del Espíritu Santo.

II. Dios ha ido revelando esta presencia a lo largo de su historia, y desde ella los cristianos confesamos que existe un dinamismo divino impreso por Dios mismo en la creación, que la mueve hacia su realización plena (Gn 1, 2). Más aún, el corazón del hombre estaría atravesado, incluso si él no lo percibe, por un aliento de vida que le lleva a buscar una plenitud a la que está llamado (la comunión de vida con Dios, comunión de paz y amor perpetua). De esta manera, el creyente se sabe acompañado íntimamente por un Dios que le alienta desde dentro con su Espíritu y que le dirige, provocando a su libertad, hacia lo mejor de sí mismo y de sus posibilidades.

Esta presencia interior del Espíritu Santo hace sentir el mal como desgracia, como lo que no debería existir, haciendo intuir la vida plena a la que está llamado el hombre. El Espíritu no le deja aceptar la desgracia y el pecado como algo natural, sino que le impulsa a luchar y a mantener la esperanza frente a ellos.

El Espíritu de Dios se manifiesta en el hombre a) como impulso permanente hacia la vida plena, b) como presencia de la esperanza por encima de toda lógica y c) como grito suplicante que llama a Dios a culminar su propia obra liberándola de todo mal.

III. Esta presencia del Espíritu en el interior del creyente, acogida en la fe, libera al hombre del miedo a su propia pequeñez y limitación, ya que le hace comprender que su vida está apoyada íntimamente en la vida fuerte de Dios. Salimos de las manos de Dios, pero no estamos fuera de su propio ser, sino que su aliento nos mantiene unidos por siempre a él. Esto es lo que nos hace saber el Espíritu Santo y lo que nos hace llamar a Dios Padre (Rom 8, 15-17).

IV. Este Aliento que Dios ha unido a nuestro barro es un Espíritu que *suscita, defiende y rehace* la vida (Es Señor y Dador de vida).

Suscita, ya que levanta al hombre de no ser más que una parte de la creación, movida por las inercias de las leyes físicas y químicas o por las inercias de sus instintos (estar hechos de barro, Gn 2, 7a). El aliento de Dios pone al hombre en pie delante de toda la creación dándole la dignidad misma de Dios como Señor de la creación. Dios haciéndole imagen suya, le otorga la libertad para realizarse como señor de vida para la creación, como pastor de la vida.

Defiende. No es extraño ver a esta humanidad perder su dignidad envuelta en su propia torpeza, en su pecado. Nuestra humanidad necesita que se la defienda de sí misma ya que ha caído presa de la corrupción (Rom 8, 19-22). La presencia de tantos hombres a los que se roba su dignidad a través de la injusticia y la violencia, o que la pierden a través de su envidia y su codicia... muestra una humanidad caída en tierra y sin fuerzas para erguirse dignamente mostrando la plenitud a la que estaba llamada (Ez 37, 1-3). Es el Aliento de Dios el que recoge una y otra vez al hombre de su humillación dándole la vida cuando se la han robado y haciéndole recuperar la dignidad cuando la ha pervertido (Ez, 37, 4-14).

Rehace. Este Espíritu que sostiene la creación y la vida del hombre se hace fuerte en medio de la muerte. Así, cuando Cristo, el único que ha vivido permanentemente movido por él, parece vencido por la muerte, el Espíritu del Padre se manifiesta en su resurrección como la fuente eterna de la vida (1Pe 3, 18). Por eso, los cristianos mirando a Cristo contemplarán en él la efusión definitiva del Espíritu de Dios sobre el mundo y le acogerán como fuente de vida eterna (Jn 7, 37-39).

V. Este Espíritu que se ha dejado ver como bendición de vida en las obras de Jesús (Lc 4, 14-21) ha sido inserto en nuestros corazones para que ahora nosotros, con su misma vitalidad, nos convirtamos en profetas y testigos de su vida (Jn 15, 26-27). Una misión que recibimos en el bautismo y que, dinamizada por el Espíritu de Dios, mata en nosotros las obras del pecado para hacernos nacer a la vida plena de Dios (Gal 5, 1.13-26). Siempre habrá oposición, pero este Espíritu hará fuerte nuestra debilidad (Jn 15,18-16,4).

Reflexión - Meditación - Oración

Después de leer la ficha detente a meditar con las siguientes pautas:

* San Agustín ha ayudado a cristianos de todos los tiempos a entender la presencia interior de Dios que mueve al hombre a buscarle, que le impulsa hacia su verdad más profunda, que le hace vivir inquieto desatando como falso cualquier pacto con el pecado o con la inercia que roba sus mejores posibilidades. San Agustín se dirige a Dios de tú a tú y, a la vez, descubre que ha sido llevado hasta Dios desde su interior por Dios mismo. Este dinamismo fundamental de la vida es suscitado por el Espíritu Santo aunque el texto que te presentamos no lo exprese.

"¿Dónde te hallé para conocerte sino en ti mismo, cosa que estaba por encima de mis fuerzas? Entre Tú y yo no hay espacio, nos apartamos y nos acercamos, pero no hay espacio que nos separe. Eres la Verdad y en todo lugar te asientas para responder a los que te consultan. Claramente respondes, pero no todos oyen claramente. Todos te consultan lo que quieren. El mejor discípulo tuyo es aquel que se preocupa menos de oír lo que quiere que de querer lo que de ti oyere.

Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva. Tú estabas dentro de mí, y yo afuera. Te buscaba por fuera; y en medio de las hermosuras que creaste irrumpía yo con toda la insolencia de mi realidad. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Me retenían alejado de ti todo lo que, si no estuviesen en ti, no existirían. Me llamaste y me gritaste, y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y lo aspiré, y ahora te anhelo; gusté de ti y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de ti".

¿Crees que los cristianos que te rodean tienen una experiencia similar? ¿Has sentido tú algo parecido?

*¿Hasta qué punto meditar la presencia del Espíritu daría fortaleza a nuestras actividades y esperanza a nuestras decepciones? ¿Qué crees que sucede cuando los hombres nos apoyamos sólo en nuestras fuerzas o pensamos que sólo existe lo que nosotros podemos conseguir?.

* ¿Dónde puede percibirse la presencia y la actuación del Espíritu en nuestro mundo? ¿Cuáles crees que son los momentos, las acciones o las personas que mejor lo dejan sentir?

3. Ésta es nuestra fe: c. Espíritu Santo, Señor y Dador de vida.

Luz de Dios,
disipa la tiniebla de mis dudas y guíame.
Fuego de Dios,
derrite el hielo de mi indiferencia y abrázame.
Torrente de Dios,
fecunda los desiertos de mi vida y renuévame.
Fuerza de Dios,
rompe las cadenas de mis esclavitudes y libérame.
Alegría de Dios,
aleja los fantasmas de mis miedos y confórtame.
Aliento de Dios,
despliega las alas de mi espíritu y lánzame.
Vida de Dios,
destruye las sombras de mi muerte y resucítame.

Ven. Espíritu Paráclito,
Espíritu creador y santificador,
Espíritu renovador y consolador,
Espíritu sanador y pacificador.
Ven y concede hoy a la Iglesia,
reunida con María,
la experiencia de Pentecostés.

(A. Sanz)